



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10808

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 10 DE NOVIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

SUMA Y SIGUE

No son las que dejamos apuntadas en nuestros artículos de fondo de los dos pasados días las solas causas que influyen en que los buques que se fabrican en los Arsenales militares resulten caros en comparación con lo que cuestan sus similares en los talleres extranjeros; con ser aquéllas tan importantes, hay otra que no les va en zaga y que vamos a explicar á nuestros lectores de fuera. (Los de dentro no lo necesitan, porque conocen de sobra el asunto.)

Desde que se pone en quilla un buque, hasta que se le á la mar á verificar pruebas, transcurre un número respetable de años, que rara vez baja de una docena si el barco es de mediano tonelaje.

Su construcción, con frecuencia que la industria naval extranjera introduce adelantos ó hace reformas en buques de determinado tipo, y si los que construimos nosotros en tales momentos son idénticos á los modificados, se ordena estudiar la modificación, se acepta si es buena y se aplica.

Al efecto, si está ya construida, se procede a desbaratar la parte que ha de ser modificada y se vuelve á construir con arreglo á nuevos planos; de donde resulta que hay partes del barco que se hacen dos veces, gastándose en la doble construcción, y en

el desbarate de la primera, sumas extraordinarias, que son tanto más importantes cuanto mayor es la importancia que tiene la parte modificada.

Las cantidades por tal motivo consumidas, más el cuarenta por ciento, contribuyen como es lógico á aumentar el presupuesto del buque, formándose así la bola de nieve que llevada á las Cortes asusta á nuestros diputados y senadores y examinada por la prensa, que no conoce por dentro las cosas de Marina, la hace prorrumpir en lamentos y acusaciones.

Y es natural que tal haga; ella ve que se han gastado centenares de millones para formar escuadra, sin lograr el objeto, y censura desde el ministro que dirige hasta el obrero que remacha.

Además, pregunta cuanto han costado cada uno de los barcos que tenemos, y al conocer la cifra pone el grito en el cielo, pues de la comparación del coste de nuestros buques con sus similares de la industria extranjera resultan los nuestros mucho más caros.

Aun así, con todas esas deficiencias que hemos ido anotando, debíamos tener una escuadra poderosa que hiciera respetable nuestro nombre en la extensión de los mares; si no la tenemos no es por causa de los Arsenales ni por perezas de la maestranza, sino porque la parte directiva equivocó el camino para llegar al fin propuesto; hubiera encargado á los Arsenales de la nación acorazados de combate y los hubiera hecho; pero le encargó cruceros y cruceros ha entregado tan perfectamente construidos como hubieran salido del mejor astillero inglés.

¿Se quiere remediar ahora el daño? ¿Le quedan aun á España alientos para acometer la empresa de procurarse media docena de acorazados? Pues encárguense á los Arsenales, dos á cada uno, acor-

piando desde luego todos los materiales precisos para que las obras no sufran interrupción. Así se verá que la maestranza del Estado, que ya tiene fama de primorosa, es también activa.

TIJERETAZOS

Dicen de Ferro!

«Todos los periódicos locales se ocupan de las gestiones que hacen los astilleros particulares para que se les adjudique la construcción de buques.»

Tal vez no se les oiga.

Hay que favorecer á la industria particular, que nos ha dado el «Filipinas» y las máquinas del «Alfonso XIII.»

No hay que tomar lo dicho al pie de la letra, porque la industria particular no nos da nada.

Nos lo vende caro y luego no sirve.

Castelar floreado en la nota americana pasada por el general Woodford al gobierno:

«Después de tales peticiones, se vuelve con insistencias inverosímiles al principio de intervención, acariando la idea más absurda que puede acariarse, y que solo se le ocurriría en este mundo á inteligencias de grado inferior y de naturaleza inferior, acariando la idea, no solamente de intervenir donde no llaman al gobierno americano, de intervenir con el beneplácito nuestro, con la sanción nuestra, con la complicidad de nuestra patria en su propio desdoro y mengua, que tan bajos y tan viles nos cree América, sin comprender cómo con tales insinuaciones traidoras se mengua y se envilece á sí misma.»

Cuando el canario español, tan enamorado de la libre América, trina de ese modo cómo serán las pitadas que da Sherman por boca de Woodford!

Un casero de Madrid, que no encuentra medio de arrojar á una inquilina que no le paga, ha quitado todos los cristales de la habitación.

Pero le ha salido el tiro por la culata, porque la inquilina tramposa ha dado parte al juzgado.

Si éste lo persigue ahora por imprudencia temeraria se ha lucido el casero.

GLORIAS NACIONALES

EPISODIO DE LA BATALLA DE GAMONAL

10 de Noviembre de 1808

En la para nosotros costosa jornada de Gamonal, tuvo efecto un hecho heroico que bien merece nos ocupe hoy, aunque solo sea para que sirva de lenitivo al dolor causado por la imprudencia del general conde de Belveder.

El valor y el buen deseo que animaban á este militar, hizo abandonar á Burgos y presentar batalla en los llanos de Gamonal, al César del siglo XIX, á Napoleón I, que se dirigía desde las provincias del Norte á Madrid, seguido de 24.000 hombres de todas las armas.

Las fuerzas de que disponía Belveder eran reducidísimas—divisiones 1.ª y 2.ª del ejército de Extremadura—con relación á las que seguían á Bonaparte, y por esto, apenas comenzó la operación se vieron envueltas y diezmadas.

Ante tal situación la retirada fue forzosa; pero no todas las fuerzas la llevaron á cabo sin probar como sabe morir el soldado español.

Los gloriosos batallones de guardias españolas y valonas, fueron los últimos en retirarse, particularmente el segundo. Este, resuelto á luchar y á morir con honra, cuando se vió envuelto por los soldados de Napoleón, formó el cuadro y se defendió bravamente de cuantas cargas se le dirigieron, hasta que reducidos á 74 los 300 hombres que lo componían, abandonó el campo lo mejor que pudo. Pero su jefe accidental, D. Vicente Genaro de Quesada, dijo que él no se retiraba, y no obstante los ruegos de sus guardias allí quedó esperando la muerte.

Dispuesto á cobrar cara su vida, con solo su espada se defendió largo tiempo, dando muerte á dos soldados, que le intimaron la rendición y mal hiriendo á otros. Al fin el valeroso militar, debilitado por la pérdida de sangre que mancaba de sus numerosas heridas, cayó en tierra sin conocimiento, el cual no recobró hasta que fue curado, recibiendo entonces afectuosamente de manos de un general francés, que había sido testigo de su heroísmo, la espada

con que tan valerosamente se había defendido.

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

ECOS MADRILEÑOS

No se dirá que el cielo no ha estado en carácter estos días.

Nubes por aquí, nieblas por allá y atmósfera brumosa y llorona á todas horas no nos ha faltado en la semana de los muertos.

Como si el cielo quisiera oponerse á que se efectuara la anual visita á los cementerios, con su incesante lluvia enlodó las calles y caminos y empapó las ropas de los que cumplieron con la tradición.

Los Cementerios y D. Juan Tenorio los hemos visto este año rodeados de brumas, acaso para que no viéramos la verdad que aquellos ofrecen y la falsía en que se halla cimentado éste; humano pero poco noble empeño, por qué tiende á que continuemos ciegos y viviendo en el engaño y en la mentira.

¡Más que importa que así vivamos! Dichosos nosotros: pues mientras los ojos del alma no descubran la verdad con todos sus amargores, seremos felices; por tanto, sigamos siendo ciegos si en eso estriba nuestra felicidad; sigamos viviendo engañados, si el engaño es la infranqueable muralla que nos separa de los dolores.

¿Qué nos importa que nos rodee la ficción, si la ficción es nuestra dicha? Vivamos felices y no nos preocupen las flaquezas y pecados del mundo en que nacimos.

Ya se inauguraron en nuestro Hipódromo las reuniones otoñales, lo cual significa que ya tenemos en Madrid, al mundo elegante, á esos privilegiados que pasan los dos primeros tercios del verano en San Sebastián ó Biarritz y el último y parte del otoño recorriendo las principales poblaciones de Europa.

Las carreras de caballos que se celebran en la primavera, sirven para que la dama de lo high-life dé á conocer las modas de la estación, y lo mismo sucede en estas de otoño; de lo cual se deduce, que estas fiestas son en Madrid

la entrada de los desertos de Casanare por donde es probable conduzcan ese dinero.

—Voy al punto, contestó el diligente secretario, haciendo un saludo y saliendo de la habitación.

El gobernador y los jóvenes quedaron solos.

—¡Oh! dispensad, dijo el primero; eso hombre es absolutamente necesario y es el que verdaderamente entiende de los negocios administrativos. Mi antecesor me lo dejó encomendado como una cosa notable, y de aquí resulta el que sepa daros una razón exacta de todo. Además, en el corto tiempo que hace mando en Cartagena solo he pensado en los filibusteros; en esos demonios que me traen casi loco, y me están dando sustos á todas las horas del día.

—Estais dispensado por nuestra parte, contestó Leon.

—¿Y cuando pensais regresar?

—Luego que dejemos á bordo los cuarenta millones.

—¿Solos?

—Solos.

—¿Y no llevais escolta?

—Ninguna.

—¡Oh! no consentiré que así sea, exclamó el gobernador.

—Gracias; nosotros somos bastantes, contestó el capitán.

—¡Oh! exclamó, en verdad que no acierto á creer una cosa semejante. Juro asombrar á toda la América con hechos tan heroicos y tan magníficos.

—Perdonad, le interrumpió el capitán, sacando de su cartera otro papel. Se me había olvidado entregar esta orden á V. E.

—A ver, á ver, dijo desdoblándola.

Enseguida arrastrado por la curiosidad se puso á leer en voz alta.

—«Siendo de la mas alta importancia la misión conferida á mi capitán de guardias Leon Bravo á mis alféreces Martin Alvarado y Millan Pantoja, mando á todas las personas que tomen parte en ella directa ó indirectamente que guarden el mas profundo secreto, bajo pena de la vida.—Yo el Rey.—Refrendado. El duque de Medinaceli.»

El gobernador quedó mas amarillo que la cera.

—¡Zape! exclamó; ¡oh! yo no sabia tal cosa... me guardaré de desplegar mis labios en lo sucesivo. Sin duda vuestro cometido es cosa muy grande.

—Si, lo es. Por esa razón esperamos que V. E. adopte todas las providencias oportunas, para que los cuarenta millones esten reunidos para pasado mañana.

—En este mismo instante partirán mensajeros con dirección á Fernambuco, Valdivia, haced que se extiendan las órdenes y que marchen los portadores á

—¡Oh! exclamó, mirando con asombro. Esto es muy significativo. Leed, Valdivia.

El secretario rompió el sobre.

—Es una orden del rey, dijo mirando á su jefe.

Este volvió á levantarse, diciendo:

—Leed, leed

El escrito estaba concebido en estos términos:

—«Luego que V. E. reciba esta mi real cédula, pondrá á disposición del capitán de mis guardias Leon Bravo, y mis alféreces Martin Alvarado y Millan Pantoja, la cantidad de cuarenta millones de reales, que por aviso dado anticipadamente por el galeón de mi armada la Serpiente, debe tener reservada de las provincias del Perú, Méjico, Nueva Granada y Buenos Aires.—Yo el Rey.—Refrendado.—El conde de Medinaceli.»

El gobernador quedó muy asombrado mirando la orden que se le presentaba. Viendo el secretario el asombro de su señor, exclamó:

—Nada de extraño tiene que V. E. ignore el aviso dado por la Serpiente, en razón que era su antecesor el que mandaba la plaza.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo el gobernador respirando. Y bien, ¿qué se ha hecho?

—Se tomaron todas las providencias para reunir el dinero, contestó Valdivia.